



Litera

GACETA DE LITERATURA Y GRÁFICA ♦ NÚMERO 20 ♦ DISTRIBUCIÓN GRATUITA



Carolina Arteaga Romero / 56.a / Digital



Carolina Arteaga Romero / 30.a / Digital



Carolina Arteaga Romero / 58.a / Digital

El ala de la mariposa

JOAQUÍN-ARMANDO CHACÓN

*(Capítulo de la novela
Una pequeña aceituna en el bolsillo
de próxima aparición)*

Siempre llevaba puesto uno de sus sombreros masculinos, continuó mi papá, siempre un abrigo sobre los hombros, del color del nuevo vestido, o una larga capa negra, y siempre llegaba hacia el atardecer, se sentaba en el mismo lugar y miraba a través de la ventana cómo se iba acercando la noche.

Durante dos o tres días llegó a plantarse frente a mí, esperando a que yo terminara con mi llamada telefónica para luego preguntar por aquello que iba a disfrutar en su cena. La voz de mi tío abuelo tenía el sonido de algún otro día especial. «Muy bien, pero antes me tomaré algún scotch con hielo y soda», me decía la mujer, pero ya sin agregar nada sobre la gravedad y la



Carolina Arteaga Romero / 57.a / Digital

decadencia. Por supuesto que le gustaban nuestros platillos, el tono orgulloso de mi tío abuelo, los disfrutaba, los de carnes rojas y los de pescado o de pollo, y disfrutaba de las entradas, de las ensaladas y los postres y del vino tinto, el blanco o el rosado. Al cuarto día, o quizá fue en la quinta tarde, sentí su presencia mientras yo estaba hablando por teléfono, sí, con una amiga mía de mis más altos aprecio, y ella lo notó y se retiró unos pasos. Cuando colgué el aparato escuché sus pasos, tímidos esta vez, y me preguntó por el menú de la cena. Se lo dije. Albóndigas de carne y verduras. Con suficiente albahaca. Un platillo sustancioso lleno de ánimos juveniles. Ella hizo un silencio que me pareció muy prolongado, y cuando volví a escuchar su voz no dijo nada de scotch o hielos o soda, sino otra cosa: «Quisiera pedirle que me cuente todo cuanto sepa acerca de la noche». Esas fueron sus palabras.

La señora Sheepwells se removió nerviosa en su asiento, mamá miraba con ternura a mi tío abuelo y enseguida a papá, éste sirvió un poco más de brandy en las copas. El señor Stiller y el señor Darnay acep- ➔

→ taron un puro del señor Sheepwells. La señora Darnay buscó con la mirada a sus hijas. Ellas escuchaban a mi hermano mayor que jugueteaba con el teclado, sentado junto a mi hermana. La señora Stiller dijo que se estaba haciendo tarde.

Esa vez, después de su cena fui a sentarme con ella a su mesa, prosiguió mi tío abuelo. Durante un buen rato sólo escuchamos como la noche iba germinando. Luego ella dijo: «La respuesta de la naturaleza es deliciosa al hacer sumamente encantadores la mayoría de sus errores». Todo el resto del tiempo que permaneció en la ciudad la acompañé después de la cena. Ella bebía sus escoceses con hielo y soda y yo mis copas de brandy. Sus noches eran diferentes a mi noche. Esa mujer no podía soportar el ir avanzando irremediabilmente hacia la vejez y pensaba que lo ideal sería nacer a la edad de setenta años y luego avanzar con delicadeza y gracia hacia la juventud. Entre escocés y escocés bebido a tragos cortos me habló de un artista que se había suicidado porque sus colores habían comenzado a desvanecerse, día a día, noche a noche, hora a hora perdían fuerza, se desmoronaban, y aquel artista no pudo soportarlo y se suicidó. Ella creía en lo permanente del arte, en ése que parece estar vistiéndose a sí mismo lentamente con el más perdurable de los vestidos: la pátina del tiempo.

Y sí, algunas veces me habló de aquello que estaba escribiendo o que ya había escrito, sus prosas, un extraño manuscrito titulado *Bow Down* y eso que ella llamaba ritmos, aquellos poemas que corregía y corregía sin descanso. Pero por lo regular nos quedábamos en silencio durante horas, sólo bebiendo el scotch y el brandy. Una vez, después de un muy largo silencio me sorprendió su voz: «Me gusta mi experiencia humana servida con un poco de silencio y contención. El silencio hace ir a la experiencia más lejos y, cuando muere, le confiere esa dignidad propia de lo que uno ha tocado y no se ha podido llevar». Cosas así le gustaba expresar. Otras veces comentaba sobre la religión y una cosa que le pareció bien de su pensamiento no se cansó de repetirlo: «Santa Catalina de las rosas, vuelve tu mirada hacia donde está la desgracia, santa Catalina de las rosas». Pero una o dos noches le dio por revelar algunos asuntos procaces y húmedos sin ninguna inhibición, nada de lo cual les confiaré por respeto a mis huéspedes y además porque los he olvidado. Y ella, al concluir con cada una de esas intimidades, soltaba una carcajada fuerte, escandalosa, que cortaba de golpe, de modo que uno podía descubrir el volumen del silencio posterior.

A veces era yo quien hablaba, tal vez durante horas sin que ella interviniera para nada, atenta a mis palabras. Finalmente un día le llegó el cheque esperado, el que le mandaba su mecenas y amiga, esa coleccionista de arte, Peggy Guggenheim, y ella estuvo lista



Carolina Arteaga Romero / 10.a / Digital

para regresar a su ciudad, allá en el mundo. Se presentó como siempre, en el atardecer, aguardó a que yo terminara de hablar por teléfono y luego me tomó del brazo para ir hacia su mesa. «¿Qué podemos hacer?», se preguntó y se respondió a sí misma: «Nada. El daño ya está hecho, y el ala de la mariposa ya está convirtiéndose en polvo».

Benji Simpson, nuestro cantinero, preparó para esa tarde una bebida especial como aperitivo, algo descubierta allá afuera, en el mundo, un cóctel Club Veintiuno, con escocés y granadina, quince mililitros exactos de cada porción, para luego llenar de champaña la copa Collins hasta el borde, adornada con una rodaja de naranja. Lo probamos complacientemente. Djuna me dijo que le costaba mucho escribir, que lo hacía muy lentamente, palabra a palabra y corrigiendo luego la mitad de las palabras, y para hacerlo necesitaba estar en un cuarto cerrado sin que le llegara ningún sonido del exterior, porque cualquier ruido le arruinaba la concentración. Le gustaba



Carolina Arteaga Romero / 18.a / Digital

poner alguna música antes de sentarse frente a la hoja en blanco, algo con movimiento, y antiguo, como aquella antigua pieza, *By the Beautiful Sea*, o alguna sonata de Federico Chopin. Escuchaba la melodía y se iba introduciendo en el valle de las palabras en la búsqueda de una palabra verdadera para iniciar su intromisión en la virginidad de la hoja en blanco. Cuando terminaba la música, dejaba que el silencio siguiera acompañando a las demás palabras. Terminó con su Club Veintiuno y dijo que su interés era escribir acerca de esas personas que, después de recorrer por entero el círculo de los sentimientos humanos, terminan por regresar al punto de partida. «Ahora a mí me toca volver a mi ciudad», dijo Djuna, «y no hay lugar alguno como el hogar, principalmente porque allí es donde uno puede mejor olvidar».

El Club Veintiuno es un cóctel delicioso, pero el entonces joven Benji Simpson no dejó que tomáramos más de uno, pues doña Marianita había preparado un paté francés para untar en triángulos de pan tostado, saboreándolo con un vino blanco muy dulce, a temperatura ambiente, para después probar una Dorada a la sal y salsa romesco con un Petillant Demi Sec. Al segundo bocado del pescado y de mojarse los labios con el espumoso, Djuna me preguntó si yo era supersticioso. Ante mi negativa, pues en aquel tiempo no tenía ninguna superstición, ella replicó que la superstición es el verdadero pigmento de la vida, que estrangula la aburrida monotonía de la existencia y reduce el vivir a un simple sistema de penas profundas y exentas de angustia, y que ella no podría vivir sin unas supersticiones dos o tres cada año, pues como le dijo la princesa Troubetzkov, hay un grano de superstición en la masa de la que están compuestos todos los seres humanos, el santo y el pecador y también aquellos que sueñan con los ojos abiertos. De postre teníamos una delicia de la Rusia eterna, un Gogol Mogol, que es una crema espumosa de huevos que se bate con licor de naranja, zumo de limón y una apreciable porción de coñac. La receta se la entregó Anastasia a doña Sara, y le dijo que la había aprendido del cocinero Karithonov. Ese postre hay que saborearlo en silencio, casi como si se estuviera musitando una oración o recordando el máspreciado de nuestros pecados. Después Djuna me preguntó si pensaba seguir en el restaurante toda la vida, si acaso no había pensado en retirarme alguna vez. Le respondí con una pregunta: ¿Se retira un hombre de su piel o de su corazón? Y por ello le pedí que siguiera escribiendo, buscando la perfección, que no abandonara su labor, pues aunque nadie puede llegar a comprenderlo ni definirlo con las exactas palabras, el mundo es mucho mejor y más ordenado cuando el verdadero escritor reinventa la vida en la soledad de su mesa de trabajo. Creo que eso la turbó, y me imaginé que tal vez se sintió como Alicia en el País de las Maravillas cuando la reina blanca le gritaba.



Carolina Arteaga Romero / 2 / Digital

Cuando nuestra última cena, y última noche de confidencias, ya terminaba, la llevé de la mano hacia la puerta y en el trayecto me expresó lo que yo ya sabía, que a cada uno de nosotros los habita una noche diferente a la de los demás, aunque sus noches y la mía tenían muchos puntos de contacto.

Afuera, quizás en todo el mundo, estaba cayendo una lluvia ligera que en los siguientes días se convirtió en una tormenta. Ella me dio un beso de despedida y puso en mi mano su amuleto de la suerte.

«Quédese con él, por favor, yo debo aferrarme a mi escritura, aunque no hay esperanza es mi única salvación». Y lo último fue una pregunta: «¿Cómo debo afligirme yo, cuando aún no he estado nunca en un jardín cerrado, ni tocado al unicornio?»

Djuna se quedó en silencio, al amparo de la noche, esperando la respuesta que no pude darle, no la conocía ni la conoceré ya jamás, sólo tenía en la mano su amuleto. Escuché sus pasos alejándose. ◇



Carolina Arteaga Romero / 1 / Digital

La huida de Astolfi

ALEJANDRO HOSNE

No puedo más. ¡No veo nada! No importa, tenemos que rajarse ya. ¿No oís?

Astolfi oyó las sirenas. Lo que necesitaba era ver cuántos policías venían junto con las sirenas y de qué armas dispondrían al bajarse de los carros, no oírlos. La sangre le bañaba la cara, le entraba permanentemente en los ojos formándole una irritación aguachenta. Sentía la bala incrustada en la frente y no entendía por qué no lo había matado. No se trataba de un roce, había penetrado. Quizás el hueso le frenó, sin partirse. Por varios minutos había tratado de aguantar la sangre; ya daba igual, no podía correr a la par de sus compañeros, menos disparar.

¡Te guiamos nosotros, vamos!

Váyanse, yo estoy listo. A ver si caemos todos por estar acá charlando...

No necesitaba fingir entereza, su desesperación no se distinguía bajo tanta sangre. Los demás compañeros miraron a Tamayo Gavilán, éste asintió y palmeó el hombro de su amigo herido. Uno por uno se despidieron de él, rápida, afectuosamente. Le desearon suerte, le ofrecieron un revólver con el tambor lleno y escaparon. Los pasos alejándose inundaron de tristeza a Astolfi. Le hicieron recordar anteriores escapadas, difíciles y exitosas. Al abandonar la calle los taconeos sonaron como una música desesperada de libertad, bella y sin melodía. Ya solo, Astolfi no percibió más que silencio. ¿Las sirenas? No se escuchaban. Imaginó a los vecinos escondiéndose bajo las camas, cerrando puertas y ventanas. Golpear puertas era inútil. Saltar medianeras podía servir en ciertos casos, no para un ciego. Quitó la mano de la herida, que lo mareaba y le hacía latir la cabeza. Había palpado varias veces el agujero de la bala que no pudo abrirle el cráneo. Presionó el revólver. Con frialdad pensó -como todo anarquista debía hacer en esos casos- si matarse o defenderse y matarse luego. A esa altura ninguno de ellos podía caer en manos de la policía, que ridiculizada por la prensa prefería exhibir muertos a los pocos que quedaban del grupo, no capturarlos. Para todos ellos había un solo camino, sin grises salvadores. Por algún motivo eso lo animó; sintió la sangre sublevarse en cada vena y arteria, y una furia lógica que lo instaba a la pelea. Únicamente la sangre perdida sería la que se le enfriara, al fundirse con la brisa de esa mañana apacible y traidora. Trató de limpiarse la cara por enésima vez con la camisa empapada; no hubo diferencia, la tela, sus manos, sus brazos, todo chorreaba. Sintió una palmada en el hombro. Giró, tropezando. No podía haber nadie atrás, estaba sentado en el umbral estrecho de una casa tapiada. Palpó la puerta, su cadena. Aguantó la respiración, no

escuchó nada. La extraña palmada persistía. Se tocó el hombro y sonrió: aquel repasador mojado de alguna manera podía tomarse como una palmada amistosa. Algún vecino apiadado le arrojó desde una ventana esa tibia posibilidad de ver. La delicadeza de haberlo mojado con agua caliente lo llenó de una emoción que, estando tan cerca del final, hubiera preferido dejar de lado. Gritó gracias, se limpió la cara y vio una calle vacía, expectante, a la espera de policías que no llegaban. ¿Habrían tomado otro camino, habrían ido en busca de sus compañeros?

Trató de no ensuciar todo el repasador. Lo guardó en el bolsillo. Miró el revólver, cargado, sugestivo, y luego otra vez la calle. Salió corriendo a toda velocidad. Cerca de la esquina cayó al suelo, mareado. Se llenó de aire los pulmones. Tenía que evitar el desmayo a toda costa. Eso significaba que lo atraparán inconciente y



Carolina Arteaga Romero / 39.a / Digital

lo pasearan a puro golpe hasta despertarlo rodeado de curiosos, o que directamente le pegaran un tiro en la nuca si no había testigos. Volvió a correr y al llegar al cruce de calles lo vio. Eran tres y no esperaban encontrarlo solo, menos frente a frente. Él sí los esperaba. De un disparo bajó a uno. No tuvo que verlo en el piso para saber que lo había matado. Pegó dos tiros más que silbaron cerca de los otros. Mientras los policías se asustaban y le apuntaban, Astolfi cruzó la calle y desapareció. Se vio de pronto doblando la esquina a una velocidad inapropiada para un herido, lo que quería decir que no estaba herido de muerte ni tan liquidado como había creído. ¡Ahora se percataba! Para unirse a sus compañeros sólo habría necesitado a tiempo un repasador húmedo.

Escuchó tiros detrás suyo. Rebotaron cerca; en el pavimento, en las paredes, en un vidrio. Volvió a doblar la esquina. Sin detenerse pensó hacia donde ir, no se trataba de correr hacia todas partes. Se limpió otra vez la cara llena de renovada sangre caliente. Adivinó que el toco

final de esa calle anunciaba una explanada o un terreno baldío. De ser así podría zafarse de esas manzanas estreñidas, con tanta casa pegada una a la otra. Efectivamente, era un baldío. Detrás estaba el malecón y el río que le obstruía el escape. Vio que hasta la próxima posibilidad de refugio -la esquina- había mucho espacio al descubierto. Le pareció escuchar gritos. Llegó a la esquina, preparado, y vio dos policías. Uno apenas alcanzó a sorprenderse; murió de un disparo en la cabeza. El otro se escondió y empezó a disparar como loco. Astolfi saltó por encima del único auto estacionado en la cuadra y se maravilló de salir indemne de tanto balazo cruzado. La calle angosta fue fácil, después trepó la medianera de una casa a medio construir, luego otra medianera al patio de una casa habitada. Nadie salió. El pasillo que atravesaba la casa estaba desierto. La calle



Carolina Arteaga Romero / 54 / Digital

también estaba vacía. El silencio le hizo llegar rumores de más policías que se acercaban desde algún lugar indefinido. Siguió corriendo y empezó a sentir la fatiga. Volvió a limpiarse la cara y tiró el repasador empapado. Entraba en los suburbios. El pasto, los árboles y las calles de tierra no le aliviaron el paso. No podía seguir corriendo mucho tiempo más, la herida le latía como para hacerle estallar la cabeza.

Sus manos pegajosas sopesaron las dos últimas balas. Guardaría una para él, estaba decidido. Un tiro silbó por arriba de su cabeza, enseguida un aluvión de balas le buscaron el cuerpo. Se perdió entre unos árboles. El zigzag lo desembocó en un camino de tierra, que parecía bordear el barrio. Distinguió una fábrica a pocas cuadras. A grandes zancadas fue tras ella. No escuchó gritos ni pasos. Estarían buscándolo por el bosque quizás, pero no tardarían en aparecer. Uno de sus pasos largos, demasiado confiado, lo hizo resbalar en el barro. Cayó hacia delante y su cabeza dio contra el suelo. Unas cosquillas

desagradables le recorrieron el cuerpo y no lo dejaron levantarse. Hizo un esfuerzo, cayó otra vez. El barro y la sangre mezclados lo desmoralizaron más que mil policías juntos. Puso toda su energía en incorporarse, sin miedo de agotarla en ese único intento; apenas logró sentarse. Se quitó el barro y la sangre a manotazos, arañándose la frente y los párpados. Su respiración parecía ser el único sonido incómodo en ese rincón desierto, un sonido delator. Los pájaros, el viento, el río lejano no contaban, estaban inmersos en su propio devenir.

La borrosa fábrica seguía inalcanzable, a dos, tres kilómetros. A un costado continuaba el bosque inútil, de árboles flacos y separados que no podrían ocultarlo. Al otro emergían casas chatas, lindantes con ese barrio que no alcanzaba a abandonar. Respiró varias veces, renovando sus pulmones que después de todo

cuando su mente vagaba por ahí, le traían ciertas contradicciones, por eso se obligaba a debatir cada contradicción consigo mismo, aunque siempre llegara a una misma conclusión -lo que le hacía sospechar que era un tozudo cabeza dura-: no veía porqué el hecho de buscar la destrucción de un mundo degradado y esclavista lo volviera un criminal. Eso era demasiado fácil, una etiqueta digna de diario burgués. A él esos diarios lo llamaban criminal, mientras que llamaban “señores” a los verdugos.

Igual que en aquellos momentos de sosiego que formaba tribunales imaginarios para enfrentar a su conciencia, ahora confirmaba que su cabeza iba unida a su corazón y que el pensamiento ponía a prueba sus creencias. “No se pueden forzar los absolutos”, le había dicho una vez un compañero, “o el mundo nuevo llegará a medias, pisando demasiado fuerte, con riesgo de convertirse en algo inmóvil y vigilante”.

camisa manchada y un pantalón como único escudo. Levantó el revólver y disparó al voleo, por orgullo, para que no lo vieran tan frágil. La bala no hizo ruido de pegar contra algo. Tiró el revólver al piso y gruñó, vencido.

¡Compañero Astolfi, suba, rápido!

La sorpresa no lo enturbió, caminó a tientas hasta tocar el auto. De la puerta abierta del acompañante surgió un brazo y con firmeza lo hizo entrar. La voz, amistosa como pocas cosas en su vida, dijo:

Soy Rubén Vázquez, del Sindicato de Choferes. ¡Suerte que lo encontré, compañero! Dos segundos más y...

Astolfi le agradeció y se limpió la frente con un trapo que le ofreció Vázquez. Lo vio. Era un hombre común, a la vez insólito. Aparecer ahí, alertado por quién sabe quién, lo hacía su hermano, un hermano desconocido. Se atragantó, emocionado. Atrás quedaron los policías, los dis-



Carolina Arteaga Romero / 49.a / Digital



Carolina Arteaga Romero / 48 / Digital



Carolina Arteaga Romero / 55.a / Digital

nada tenían que ver con su frente destrozada. Escuchó un grito. Presionó la culata del revólver. Su dedo se apoyó, con firmeza, en el gatillo sensible. Se tomó un descanso. De inmediato, como si lo hubiera planeado con anticipación, desfilaron por su mareada cabeza los compañeros caídos. Muy nítidos lo aleccionaron desde sus mudas figuras de recuerdo, todavía compartiendo el coraje y el miedo. Ellos al morir habían escapado, así lo haría él en los próximos segundos. Estar consciente de su liberación le evitaba la molestia de sentirse una víctima. Nadie debía ser una víctima. La muerte no significaba derrota o lástima. Recordó los arriesgados emprendimientos que había llevado a cabo con sus compañeros, de los que salieron airosos y de los que no. Nadie, ni los que habían sido heridos de muerte, creyeron que eran derrotados.

Astolfi se sabía violento y no lo negaba; se desenvolvía bien en el infierno de tener que combatir a todo y a todos a diario. Pensar, planear hasta sudar de fatiga lo estimulaban. Sólo los momentos de descanso,

Se incorporó. La inesperada distracción lo había ayudado a recuperarse. Caminó unos pasos, intentó correr nuevamente. Llegó a la esquina: a una cuadra diez o doce policías venían hacia él. Siguió trotando. Quería creer que corría.

Dos balas. Bajaría un policía más, y eso si apuntaba bien. Sin sus anteojos era dudoso. De cerca era otra cosa, no se trataba de apuntar sino de disparar. Cara a cara el miedo es el que hace fallar, no la puntería, lo sabía muy bien. Corrió unos cien metros y se detuvo, las piernas casi se le habían paralizado. Distinguió más policías neblinosos adelante. Escuchó tiros y él también disparó, sin saber dónde. Tambaleante cruzó la calle y se alegró por haberla cruzado vivo, con tantas balas silbando por los cuatro costados. Se apoyó contra una pared, respirando profundo. Quería por lo menos ver algo antes de morir pero la sangre le había inundado los ojos para siempre. Un auto se acercó chirriando las gomas, se detuvo cerca. Astolfi apretó fuerte los dientes. Estaba ahí, expuesto, ofreciendo una

paros, igual que su posible muerte quedó congelada en esa intersección de calles, invisible como los surcos que las balas fijaron en el espacio liberador.

El auto vibraba al doblar en las esquinas, lo que le resultó un dulce arrullo. Confiaba plenamente en su compañero, sabía que ese auto no se detendría hasta llegar a un refugio ya apartado. Meditó sobre su suerte y comprendió que no había tal cosa, lo que había era la oportunidad de continuar. Lo demás, su vida, su intimidación nunca serían tan importantes como el hecho de no detenerse nunca.

Años después pensó otra vez en esto, en una calle concurrida de Barcelona, entre gritos y confusión, justo antes de que cuatro balas bien sincronizadas le partieran el pecho. Mientras caía, aferrado al último retazo de lucidez, entendió que él debía interrumpirse, pero que esos otros compañeros que corrían a su lado, huyendo del fuego y a la vez disparando, continuarían. Ellos eran tan reales como ese aire vital que se le escapaba de la boca, enturbiado de pólvora. ◇



Carolina Arteaga Romero / 45.a / Digital



Carolina Arteaga Romero / 47.a / Digital



Carolina Arteaga Romero / 46.a / Digital

BALAM RODRIGO

Migrando el deseo

Las parvadas del deseo migran desde todos nuestros sitios olvidados.

Hay ciertos pájaros que jamás hallarán el reposo. ◇

Tierna verba

Nombro con fósiles palabras, alas, bocas amarillas: *Hundo mi tierna verba bajo de tu vientre de agua y tus pechos se desbordan cual sonrisas. ¿Qué pueden las espinas de la ceiba contra el fuego que nos marca y nos cobija? Comamos de su pan oscuro y cintilemos tiernamente como el higo desvelado en mi camisa.* ◇

Lajas de agua

Ni qué jodido hacer con esta dislocada vértebra de muerte.

[Lajas de agua cortándome la lengua.] ◇

GERARDO ESCALANTE MENDOZA

El secreto

Un joven mastín lanza una bocanada hacia un pichón
que ha caído de la rama
Al no poder escapar el gorrión, el golpe de uno de los colmillos
le ha quebrado las alas, pero el perro no consigue engullirlo y corre tras su dueño
mientras la pequeña ave muere de hambre

Las hormigas aguardan en la compleja sombra de la tarde
y pronto le arrastrarán
para extraer la porción perfecta de niebla de su cráneo
y satisfarán el anhelo
del mayor secreto en la historia de la evolución
de las especies:

el vuelo. ◇



Carolina Arteaga Romero / 3 / Digital



Carolina Arteaga Romero / 11 / Digital



Carolina Arteaga Romero / 15.a / Digital

Literatura
INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES

Memoria viva
Parece lejano a quienes forman parte de la tradición literaria mexicana, invita al público a compartir con otros escritores y lectores, la obra de quienes han contribuido con su talento y dedicación a enriquecer nuestra cultura.

Literatura en voz alta
Conversación con escritores sobre su trayectoria, sus nuevos libros, sus preocupaciones formales y temáticas, así como sus proyectos inmediatos.

Paseos literarios
De la mano de reconocidos intelectuales, recorra las calles, vecindades, calles, edificios y sitios históricos que han inspirado las mejores páginas de nuestra literatura.

Tiempo de contar
Nada mejor para regalar a los niños que el sabor de la literatura infantil a través de una narración oral sencilla con la que el narrador comparte con su público la emoción de sus relatos.

Visitando a los lectores
Tiene como objetivo fomentar la lectura por medio del encuentro de los escritores y su público, para establecer una relación más cercana entre autor y lector.

**Presentación de libros
Cursos • Talleres
Diplomados**

Indicadores de inscripción
Coordinación Nacional de Literatura
Brasil 37, Ciudad de México
Tel: 526 0213 • 526 110 0000
Correo electrónico: cpil@inba.gob.mx
Visita nuestra página en: www.inba.gob.mx

CONACULTA-INBA
Consulte nuestras carteleras en:
www.bellasartes.gob.mx

III Encuentro de las Artes Escénicas

México
Puerta de las Américas

**Danza
Música
Teatro**

Palacio de Bellas Artes
Lunario del Auditorio Nacional
Centro Cultural del Bosque
Centro Cultural Universitario
Centro Cultural Helénico
Centro Nacional de las Artes

Ciudad de México
Del 1 al 4 junio de 2006

CONACULTA
la cultura en tus manos

FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO
EDICIÓN ESPECIAL

El manantial latente
Muestra de poesía mexicana desde el ahora: 1986-2002

...se trata de un libro para ser leído, no nada más hojeado o consultado. Es un libro vivo, vivo, interesante.
David Huerta,
Hoja por Hoja, Diario Reforma.

La selección es de rica variedad, alta calidad y profundo efecto.
Julio Ortega,
Milenio Semanal.

...es común escuchar que la literatura mexicana actual carece de nuevos poetas de verdadera trascendencia. Para discutir ese prejuicio puede leerse El Manantial Latente...
Christopher Domínguez Michael,
El Ángel, Diario Reforma.

El manantial latente
Muestra de poesía mexicana desde el ahora: 1986-2002
Selección, prólogo, notas y apéndices de Ernesto Lumbleras y Hernán Bravo Varela

• Jorge Fernández Granados • José Hontela • Jesús Ramón Ibarra • Samiel Noyola • José Eugenio Sánchez • Valerio Mejía • Felipe Vázquez • Rubén Chávez Ruiz Esparza • Enaja Verduchi • León Plascencia Sol • Oscar Santos • Antonio Mestre • José Luis Junes Amador • Julio Trujillo • Sergio Valero • Ángel Ortaño • Sergio Briceño González • Rosalva García Corral • Mónica Nepote • Víctor Ortiz Partida • Ofelia Pérez Sepúlveda • Luis Vicente de Aguinaga • Luigi Amara • Julián Herbert • María Rivera • Daniel Téllez • Rocío Cerón • Jorge Ortega • Alejandro Tarrab • Gabriel Bernal Granados • Dolores Dorantes • Pedro Guzmán • Luis Felipe Pabre • César Silva Márquez • Fernando Consejo Abizaar • José Landa • Hugo García Manríquez • Juan Pablo Vasconcelos •

De venta en Libros y Arte Conaculta, librerías de prestigio y en www.conaculta.gob.mx

CONACULTA
HACIA UN PAÍS DE LECTORES

la CULTURA en tus manos

Fondo Editorial Tierra Adentro
Novedades Editoriales
Premios Literarios

FETA 290
En el jardín de los castaños
Premio Nacional de Cuatro Joven Julio Tosti 2004
Maritza M. Buendía

FETA 298
Sicarios bajo el agua
Premio Nacional de Novela Joven
Formas de Palabras / Border of Words 2004
Moisés Zamora

FETA 299
La migración interior. Alvedano de Juan Goytisolo
Premio Nacional de Ensayo Joven José Vasconcelos 2005
Luis Vicente de Aguinaga

FETA 301
El cuaderno de las resignaciones
Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandori 2005
Miguel Ángel Ortiz

FETA 306
Teatro de la Gruta V
Premio Nacional de Dramaturgia Joven
García Márquez del Castillo 2004
Martín López Beir, Mariana Hartasánchez, Alejandro Ricaño, Enrique Olmos

De venta en Libros y Arte Conaculta,
www.librosyarte.com.mx y librerías de prestigio

Programa Cultural Tierra Adentro
tels. 01 (55) 1253 9946, 1253 9895
ce: eleon@coneo.conaculta.gob.mx
www.conaculta.gob.mx

CONACULTA
HACIA UN PAÍS DE LECTORES

TIERRA ADENTRO



Literal **gaceta de literatura y gráfica. Número 20. Abril 2006. Tiraje 2000, impreso en México.** Esta revista cuenta con el apoyo otorgado por la Convocatoria "Edmundo Valadés" de Apoyo a la Edición de Revistas Independientes 2004 del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan las opiniones del Consejo Editorial. **Dirección:** Jocelyn Pantoja. **Edición:** Andrés Márquez. **Diseño:** Hernán García Crespo. **Consejo Editorial:** Berenice Granados, Gema Santamaría, Ingrid Solana. Colaboración especial: Alejandro Mendoza. Literal es proyecto independiente que participa como colectivo residente en el Centro Cultural La Pirámide. **Colaboraciones:** gacetaliteral@yahoo.com. Números anteriores en <http://literal.vientos.info/>